



DOMINGO GÓMEZ ROJAS, QUE EN EL CIELO NO ESTAS

Fue José Domingo Gómez Rojas un poeta social, que, según él mismo, iba a ser el más alto de los poetas chilenos. Sueños egotísticos de un niño genial y complicado, al que muchos acusan de anarquista, hecho improbable, y que, sin embargo, tiene sus razones, ya que en la época en que él atrevido escribía y era fogoso orador «camioneros de siglo», el anarquismo era una presencia clara en muchos países, ya que representaba una forma de lucha contra los sistemas conservadores capitalistas contrarios, sin olvidarnos que el anarquismo era una forma alternativa al socialismo científico. El idealismo anarquista había calado hondo en las clases laboriosas y hasta en los Estados Unidos su presencia era muy marcada. (No se olvidará que la mayoría de los mártires de Chicago eran ácratas), y el pensamiento libertario en América tenía en el doctor Ghirardo, argentino, una figura enorme que seguía los pasos del peruano González Prada. Las bases históricas del anarquismo que surgen en Pierre Joseph Proudhon y Miguel Bakunin, tenían continuadores en el francés Sebastián Faure, en la norteamericana Emma Goldman, en el español Francisco Ferrer y principalmente en el italiano Enrico Malatesta, el más interesante pensador de esa doctrina en este siglo veinte y un muy consecuente luchador.

El período anarquista estuvo marcado por el terrorismo individualista, nacido obviamente de los excesos provocados por los gobiernos terroristas, explicaciones y miserables que tronzaban la mayor parte del orbe.

Quizás la obra poética de Gómez Rojas le haya significado el ser marcado como ácrata. En su poesía existe la ocupación de pueblo sufrido, Cristo pobre y de mismo poeta como defensor de los desposeídos. En su martirio Gómez Rojas explicará esa extraña y fanática unión en un poema suyo escrito en la cárcel un día antes de su muerte, el 28 de agosto de 1920, cuyos últimos seis versos dicen:

«Cesta que, cara a cara, relate a Dios mis querelas
para que Dios conteste: «¡Hijo! ¿Te han afligido?»

Por eso nada importa, Madre, que a tu buen hijo
los pobres nombres quieran hacer: ¡Piedad por el bob!
Piedad, Piedad, Piedad. Mi amor ya los benéjice:
que la luz de los astros les peine los cabellos!»

Hay aquí algo del testimonio del mártir de Cristo. El poeta, una vez más y ahora en situación muy dolorosa, se siente representante de una fuerza superior. Dios, incluso, en otro de sus poemas, Yo te perdono, señala en el último verso: «y pensé que también yo soy un Cristo...» Sus creencias religiosas son extremadamente arcaicas y fanatizadas, y en eso se acerca al mundo de muy pocas ácratas. Su socialismo libertario está constantemente amenazado por la justificación de una justicia posterior, divina.

Sin embargo, esa poesía de Gómez Rojas, no ensimaba al creador importante que hay en él, aunque no se puede desconocer la belleza de sus poemas con «rima» milgrosa como los titulados La Biblia y, principalmente, Extasis. El canto es bueno en estos y en varios otros poemas y adquiere grandiosidad y significación en las generaciones posteriores con su poema Miserere; además ese «yoísmo» y esa agotadora presencia cristiana en la obra de Gómez Rojas es la justificación para no considerarlo un interesante luchador social. Amó al pueblo, era de una verborragia admirable (quizás más de dicción que de construcción poética libertaria), y por ello se encontró contra el gobierno miseria de Sanfuentes y de su Ministro Astorquiza, que lo encarcelaron, lo entaquetaron y lo encerraron en la Casa de Orates donde murió.

Esto me es de extrañar: Los gobiernos delincuentes suelen buscar una víctima, no un mártir. Una víctima para aterrorizar a los que le enfrentan. Un mártir es un enemigo que cree al morir, aunque nunca tanto como para echar abajo un aparato sostenido por el gran capital, el robo, el odio, el crimen, y ello porque el pueblo, esa masa amorfa, no suele tener un cuerpo compacto. Así lo predice el escritor Antonio Acevedo Hernández al referirse al funeral de Gómez Rojas: «Apenas salido de la metrópolis la muchedumbre, siempre teatral e impersonal, comparsa siempre, se disolvió y se despersonalizó. ¿Y los restos del gran poeta, de gran defensor del pueblo? Ni quedaron cubriéndose poco a poco de olvido». Luego Acevedo Hernández se queja de cómo la memoria del poeta se ha ido borrando y hoy, pasadas casi cinco décadas de su muerte, advertimos que el recuerdo de Domingo Gómez Rojas es casi nulo.

Este número de Palabra Escrita intenta mostrar parte de lo que fue y de lo que escribió el vate martirizado en el Chile sacrificado de comienzos de siglo, en que las manchas de sangre se secaban por la palma entera, dejando su más grande mancha en la Escuela Santa María de Iquique.

Para la buena memoria de un país un buen nombre: Domingo Gómez Rojas. Para recordar con los dos nombres: Sanfuentes, Presidente de Chile y su Ministro Astorquiza, ambos asesinos. Asesinos del banco que bien pudo quizás haber sido uno de los grandes poetas que Chile habría tenido si su vida no hubiese sido abreviada por los homicidas nombrados.

JOSE G. MARTÍNEZ FERNÁNDEZ
Santiago de Chile,
Mayo de 1996.

PALABRA ESCRITA N° 33³ (mayo 99) 584228

Domingo Gómez Rojas, que en el cielo no estás [artículo]
José G. Martínez Fernández

AUTORÍA

Martínez Fernández, José G., 1949-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Domingo Gómez Rojas, que en el cielo no estás [artículo] José G. Martínez Fernández

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile